

Palabras bordadas

Caridad Botella*

*

{Madrid, 1977} Licenciada en Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid. Magister en Museología de Reinwardt Academy, Ámsterdam y en Estudios Fílmicos - Universiteit van Amsterdam. Fui directora de la galería Witzenhausen de Ámsterdam entre 2006 y 2011. Actualmente soy la curadora de SINFONÍA TRÓPICO, una plataforma científico-artística con énfasis educativo, que gira en torno a la pérdida de biodiversidad, la deforestación y el cambio climático en Colombia. Sigo realizando curadurías independientes y colaboro escribiendo artículos y reseñas de exposiciones para publicaciones como ARTNEXUS. Desde finales del 2019 caí atrapada en las redes del bordado y desde enero de 2022 estudio en programa técnico laboral de bordado en la Escuela de Artes y Oficios Santo Domingo.



{Esas manos}

Era el reflejo de una niña feliz, tranquila, amada. Revisando fotos de la infancia, le llamó la atención una imagen en la que ella, con 3 años, sujetaba un juguete verde de goma de los que hacen un ruido que deleita a los más pequeños, pero que los adultos detestan. En el álbum que recopiló antes del viaje de vuelta, habían varias fotos en las que aparecía con algo entre las manos: una bola de nieve, un vaso, una pipa, un palo de bambú, pero esta, en particular, le hizo dirigir la mirada hacia las dos manitas regordetas de la niña que era entonces. La mano izquierda agarra el juguete con vehemencia, mientras que la derecha está camino de hacerlo. Sobre la cara y el cuerpo cae la luz del atardecer. Sonríe acompañando al astro rey que acaricia su mirada serena, el pelo rubio de esa época, los ojos claros ligeramente cerrados por el reflejo directo. Una niña feliz, tranquila, amada.

Esas manos. Ahora, que es madre, ha comenzado a usarlas como nunca antes desde niña. Con el ruido de los cláxones de fondo, reflexiona sobre esto. Desde que nacemos se presta mucha atención a las manos: si reaccionan, si agarran objetos voluntariamente, si el bebé señala, si da palmas, si saluda y se despide. Ahí, sentada, recorre con su mente los hitos del desarrollo de habilidades manuales que celebró cada vez desde

que su hija nació. Después, en el colegio, son prueba (sí, las manos son observadas, evaluadas, juzgadas) de la relación entre lo cognitivo y la motricidad fina: rasgar, cortar, agarrar con la pinza, dibujar, amasar; todo en pro de un buen desarrollo del trazo a la hora de aprender a escribir. Y así es: aprendemos a escribir, y lo que logramos con las manos, a partir de entonces, ya es de gusto propio. Ya nadie nos insiste en ser manuales, y si lo hacen es más bien para declarar que no lo somos.

En el colegio, la clase de arte nunca le tocó ninguna fibra. Nunca destacó, nunca se sintió mejor por realizar un cenicero de arcilla para el día del padre. A los 10 años, la profesora de bordado le hizo ver las estrellas con sus comentarios negativos. Ella nunca hizo una puntada con ganas. Las insufribles clases de dibujo al carboncillo, copiando yesos de esculturas clásicas con aquel profesor todo macho, humillante y autoritario, fueron la patada de salida a la posibilidad de algo de experimentación artística. Tenía la idea de que, en su vida, la escritura se había convertido en la continuación, -o la salida- del dibujo: quizá no sabía dibujar, pero sí escribir. No había duda. En ese momento, la mente se despidió de sus manos para lanzarse a experimentar el mundo como un ser pensante, orgulloso de transitar por el universo de las ideas y de la teoría. Lo supo a los 13, cuando en el colegio le alababan

«Desde que nacemos se presta mucha atención a las manos: si reaccionan, si agarran objetos voluntariamente, si el bebé señala, si da palmas, si saluda y se despide»

solo aquello que tenía que ver con las letras. Desde los 14 tuvo un diario donde se contaba así misma acerca del sabor a bilis que iba cobrando su día a día.

Mientras recordaba todo esto, miraba sus manos agarrando el volante del coche, esperando a que pasara el atasco en el que estaba. Esas manos cobraron una vida especial desde el nacimiento de su hija mayor. Acariciarla, alzarla, cambiarla, alimentarla, sujetar el pezón para que pudiera succionar bien. Quería mostrarle a sus hijas que con las manos se puede hacer todo con mucho amor: tartas, galletas, sopas, coletas, tareas del colegio, manualidades, cosquillas. Pensaba también en otras manos, las de su madre, que cada día se ponían en marcha para cocinar con el mismo amor por el que sufría tratando de darle otras formas de expresión.

Un día del verano de 2017, sus manos empuñaron una aguja por primera vez como quien empuña un

lápiz para aprender a dibujar. Desde entonces, quedó atrapada en el mundo del bordado. Quién lo iba a decir, después de tanta incomodidad en el territorio de lo manual. Al principio fue algo casual e inocente, pero poco a poco se volvió una actividad periférica que realizaba por las noches, cuando toda la casa dormía. No podía parar. Sentía el cuerpo entero electrizado por cada puntada nueva que aprendía. La mente y las manos se reencontraron como dos mitades de un amor perfecto. Quizá el bordado terminó por sacarla de las sombras que se habitan cuando no estamos del todo seguros de para qué vinimos al mundo.

Y es que su llegada no fue común: 25 semanas, 900 gramos y un tiempo en la incubadora que se convirtió en un dispositivo permanente de la memoria postnatal. Sola, en ese coche que detestaba conducir porque estaba acostumbrada a sentarse en el asiento del copiloto, llegó a la con-

clusión de que toda la vida había necesitado una máquina para respirar. La dependencia había sido su bienvenida al mundo y la desgraciada se había quedado instalada, calladita y sin llamar mucho la atención. Las agujas y los hilos habían empezado a picar para atravesar esa pared transparente que la mantenía cálida y viva, pero que también la paralizaba. Estaba a punto de salir de la incubadora. La niña feliz, tranquila y amada se volvió más reconocible de un momento a otro.

{Mi silencio}

Hay libros que se descubren tarde, pero cuando aparecen se quedan para siempre. Cuando trabajaba para una galería en Ámsterdam, y estaba a punto de cambiar de país, mi jefe decía “necesitarás una habitación propia, ya lo decía Virginia Woolf”. Desde entonces siempre quise leer el libro, aunque no lo he hecho hasta ahora. Hay libros que funcionan como brújulas y este es uno de ellos. Es interesante el planteamiento de que las mujeres necesitan una habitación propia para poder escribir buena literatura, no simplemente novelas, sino elevarse hasta la poesía (como género literario superior) para poder mantener la integridad en su trabajo, para dejar destilar una voz puramen-

te literaria, lejos de sus frustraciones y rencores. Yo no escribo novelas, ni poesía, pero insistí en poder trabajar en privado.

Tuve mi habitación propia hasta que nació mi hija mayor. Luego, ya no recuerdo que pasó. Generalmente escribo con ruido alrededor y eso me gusta, lo busco. También escribo por la noche, aunque me genera más fatiga, como si no me gustara quedarme rezagada escribiendo algo que tengo pendiente. Creo que puedo trabajar donde sea dependiendo del día que tenga. Sin embargo, el bordado llegó a mí en el silencio de la noche, cuando ya todos dormían, cuando ya no había responsabilidades despiertas y solo se oía el sonido de la tela en el tambor, al ser atravesada por la aguja y el hilo. Pom, fshhhhhh. Pom...fshhhhhh. El bordado hizo de ese silencio, en ese momento del día, mi propia habitación, que no es un lugar arquitectónico en la casa, sino un espacio interior que hasta entonces no había aparecido. “Lo tuyo es bordar”, pensé, con sentimiento de asombro. ¡Sigo asombrada!

La escritura es una actividad que ponemos en práctica en el colegio. Desde muy pequeños nos ponen a escribir dictados, ensayos, problemas, mandatos. Recuerdo perfectamente dos momentos en los que me sentí arropada, alabada y elevada por la escritura. A los 12 años interpreté la elegía que escribió el poeta castellano Jorge Manrique (1440-1479) por

«Sentía el cuerpo entero electrizado por cada puntada nueva que aprendía. La mente y las manos se reencontraron como dos mitades de un amor perfecto»

la muerte de su padre. Yo, tímida, insegura y asustadiza, entendí y expliqué sus palabras para una clase de preadolescentes a los que no podía interesarles menos el texto que leíamos con motivo de la muerte de la fundadora de la institución. A los 13 años escribí un ensayo sobre mis temores e impresiones acerca del inicio del Primera Guerra del Golfo, el 17 de enero de 1991. La profesora leyó el ensayo como texto ejemplar para el resto de los compañeros.

Sin embargo, a pesar de intuir algo, la escritura no fue a más en ese momento. Quizá no se lo dije a nadie, o quizá simplemente no fuera tan notoria para alguien de esa edad. No se convirtió en una obsesión que se abrió camino en mi vida, como lo es el bordado. El hecho es que la idea de “lo tuyo es escribir” siempre ha rondado mi cabeza, pero no salió de ella. En el 2006 escribí mi primera reseña sobre una exposición y, desde entonces, han seguido una multitud

de textos sobre exposiciones, curadurías propias y ajenas, sobre la obra de artistas en los que debe estar mi voz, aunque hasta hace poco empecé a identificarla. La escritura siempre estuvo ahí, pero no encontró aspavientos, ni declaraciones de intención, ni unos estudios aparte. El bordado sí. Quizá porque, como otras actividades manuales, pasa afuera, no solamente en la cabeza. Cruza un umbral, desde la idea hasta la realización, pasando por toda una serie de experiencias sensoriales (texturas, colores, olores, temperaturas, emociones) que nos sacan del monólogo interno y nos ponen en relación directa con el mundo sensible.

Bordar también es aterrizar en una de comunidad, la del resto de personas que bordan y con quien una comenta de todo: las puntadas, las telas, los hilos, las mercerías, los cursos y la vida que pasa pegada a todas estas cosas. La escritura, sin embargo, es introspectiva: quizá tenemos

largas conversaciones acerca de otros libros, pero no acerca de la calidad de esta u otra palabra que tenemos pensado usar. Bordar es hacer, escribir es pensar, aunque estoy convencida de que para hacer hay que pensar, para pensar hay que hacer.

Bordar ha llegado para abrir la puerta de la escritura, para crear ese umbral por el que poder pasar de una actividad a otra. Woolf narra muy bien las limitaciones que hallaban las mujeres que querían escribir. Sin embargo, bordar estaba contemplado dentro de las actividades que una mujer respetable debía tener. O no. Rozsika Parker cuenta, en *The Subversive Stitch*, cómo las mujeres que querían pertenecer a la esfera masculina criticaban la actividad de bordar porque les resultaba simple, vana, poco intelectual, netamente femenina. La imagen de la mujer que borda se convierte en un reflejo de las opiniones acerca del género femenino y su rol en la sociedad: que si debe bordar, que si debe estudiar o leer, y ninguna elección está bien del todo, porque cualquiera es siempre criticable.

Entremedias no hay umbral, hay un muro que obliga a escoger entre un lado u otro. A los seres humanos nos encantan los muros, desde un lado vemos claramente el otro, ¡lo entendemos todo tan bien! El umbral, ¡ay! Eso ya es más complejo, más fluido, más de un lado y de otro, más mestizo, más crítico, más abierto, más libre. En las noches de silencio

se creó mi umbral, y lo que hay a cada lado ya no depende de la hora del día.

El bordado salió a la luz, junto con mis manifestaciones de entrega al oficio, y la escritura va tomando su propio curso, que ya no solo depende exclusivamente del trabajo de los otros. Para este movimiento ha sido clave la conexión entre ambas actividades. Miro la escritura como aquella niña que escribía bien, que no sabía qué significaba eso, ni qué podía escribir. ¿Había que escribir como quién? ¿Las historias deben ser universales y heroicas como cuáles? ¿Está bien escribir sobre mi día a día? En realidad, pensándolo bien, mi cotidianidad escrita ha estado anclada al arte, como algo que valida las palabras, unas puestas al lado de las otras, reuniendo un sentido, un ritmo y una creación de imágenes plásticas a través del texto. Ha sido mi pista de despeque, mi zona de confort de la que solo ahora entiendo que quiero salir. Bordar ha sido un tirón de identidad, una dosis de materia que ha revelado el camino invisible. El andar del camino se revela en las puntadas del día a día.